

CIELO PERTURBADOR, GUAYABO ETERNO

A Diego Gonzales, amigo incondicional.

Abrió los ojos y despertó en un cielo crepuscular que se fue convirtiendo en incontables colores hermosos, colores que jamás había visto con tanto detalle. Solo las ondas de la cortina que simulaban una marea cambiante cuando llegaba una leve brisa le hizo distraerse de aquella noche en el día, que simulaba una obra de Van Gogh.

Miró a los ojos de su único acompañante, lo vio tan hermoso como el Aquiles por fuera de las batallas con su mirada conquistadora de reinas, a esos ojos le cambió el café profundo por un azul reluciente casi eneguedor, era como observar a una persona nueva bajo un disfraz que conocía con defectos, pero los había olvidado, solo podía ver a un dios perfecto e imponente.

Bajó su atención y se fijó en su índice, vio las infinitas líneas de su huella, aquellas en que nunca había prestado atención, esta vez no vio el dedo encargado de señalar algo sino la obra maestra de su creador, la herramienta para tomar las cosas, su identidad, las líneas que nadie más tenía en el mismo orden ni formando la misma figura.

Por primera vez en las últimas tres horas tuvo la consciencia suficiente para darse cuenta de la tranquilidad que lo poseía, de lo bello de existir, no conocía el significado de la tristeza, también había olvidado esa palabra de su léxico, pues había dejado de pelear con lo que estaba sintiendo y se había dedicado a disfrutar lo que acontecía, se había dejado llevar.

Llevó consigo a Alejandro, tomándolo de la mano, casi cargándolo pero sin sentir el peso que la gravedad oculta le daba a su cuerpo; lo llevó al jardín donde vieron que los arboles sentían, caminaban, hablaban. Estaban viendo sin ver, no eran dueños de su cuerpo pero lo utilizaban caminando en medio del patio, sobre césped recién cortado que les hacía simular un camino de algodón, una vía sin púas, sin piedras, sin vacíos, sin puntas afiladas, estaban caminando con dirección a un cielo nunca antes visto, nunca antes soñado, estaban en el lugar de las maravillas, estaban levitando.

Terminó la tarde y llegó la luna, la verdadera, la de los cráteres, la imposible, la distante, la luna, sí, la luna, la que no posee luz propia, esa de los enamorados. Por fin la agonía de sus tripas lo condujo a parpadear, a sentirse humano, a ver el tronco de madera en su lugar de siempre, a las picaduras incómodas de los zancudos, viva y legítima agonía sinónimo de que tenía hambre.

Volvió a la realidad y esta vez sí abrió los ojos para ver el mundo de los esfuerzos, las dificultades, los logros, su hijo, su novio, el sol sofocante claramente diferente a la noche de la luna, volvió a la realidad para ver una cortina simple y estática, volvió a la realidad de las enfermedades y el efecto devastador, pasajero y dañino de la droga alucinante que se lo había llevado a una tranquilidad depresiva.

Sufrió su guayabo en los siguientes tres días, pero no guayabo moral por haber consumido por primera vez y por decisión propia una sustancia química psicoactiva, sino el guayabo de reconocer a la tristeza como una parte de sí, esa tristeza que llegó cuando el efecto somnoliente lo abandonó, el guayabo depresivo de perder su tranquilidad inducida, de volver a la realidad de sus deudas, sus madrugones, su trabajo, al guayabo tóxico de saber y sentirse humano y perder el poder no divino sino maligno de olvidarse de sí, el efecto adictivo de la droga le estaba haciendo olvidar lo que era la vida, lo estaba haciendo pensar que estarse dopado era vivir.

Estaba olvidado el sexo, sus capacidades, estaba olvidando el placer de saludar a su madre cada mañana, estaba olvidando ser padre, estaba olvidando vivir.

Mateo Aristizabal Quintero

24 de septiembre de 2024